



MODO DE SUSCRIBIRSE

EN MADRID: satisfaciendo OCHO REALES en esta Administración, calle de Villalar, núm. 6. (barrio de Recoletos), se recibe a domicilio durante UN AÑO y cuatro veces al mes LA ILUSTRACION UNIVERSAL.

EN PROVINCIAS: remitiendo OCHO REALES en sellos, libranzas ó talones del Timbre á los Sres. Manini Hermanos, calle de Villalar, núm. 6, MADRID. Se recibe semanalmente por el correo y porte franco durante un año LA ILUSTRACION UNIVERSAL.

El medio mas seguro y económico de remitir los OCHO REALES es en talones del Timbre, que se venden en todos los estancos. De LA ILUSTRACION UNIVERSAL se tira una edicion de lujo cuya suscripcion cuesta 24 reales al año.

DIRECTOR

D. URBANO MANINI

ADMINISTRACION

CALLE DE VILLALAR, NÚM. 6. (Recoletos.)

MADRID.

PRECIO DE SUSCRICION

UN AÑO: OCHO REALES en toda España, pagados por adelantado. Se publican cuatro números al mes.

No se admiten suscripciones por ménos de un año.

UN NÚMERO SUELTO: DOS CUARTOS en toda España. NÚMEROS ATRASADOS: UN CUARTILLO DE REAL cada uno.

Las suscripciones dan principio desde el último número publicado, y siguen hasta igual día del año siguiente.

Para suscribirse, remitir OCHO REALES á los Sres. Manini Hermanos, calle de Villalar, núm. 6, MADRID.

Las personas que deseen los números publicados, al hacer el pedido acompañarán su importe.

AÑO II.

MAYO—1879.

NÚM. 60.

VISTA DE RUSTCHUK.

Ciudad de la Turquía europea (Bulgaria), capital del distrito de su nombre, á 87 kilómetros E. de Nikopol, en la orilla derecha del Danubio. Cuenta 30.000 habitantes turcos, griegos, armenios y judíos. Tiene algunas fábricas de tejidos de lanas, seda y algodón y manufacturas de tabacos, depósitos de mercancías de Alemania, y especialmente de

Viena, para cuyo transporte es gran elemento el Danubio: su comercio de tránsito es bastante activo.

Rustchuk se halla situado en una llanura, á unos 10 á 15 metros sobre el nivel del río; tiene una muralla de tierra con el correspondiente foso, y se apoya en sus extremos sobre algunas rocas del Danubio; parte del litoral forma una escotadura que utilizan los buques, y se halla terminada por un cabo que corona su antiguo castillo, cuya fundacion se atribuye á los genoveses: á la izquierda, al SO.,

existe una grada para la separacion de buques. Llamen la atencion en dicha ciudad el palacio del gobernador y las mezquitas, terminadas por minaretes blancos y elegantes, sus baños, posadas y bazares. Los rusos, despues de haber fracasado en una tentativa que hicieron contra dicha plaza en 1811, en la que perdieron 10 á 12.000 hombres, la tomaron algunos meses más tarde, prendiéndola fuego al abandonarla despues, y hasta 1828 la ciudad no les abrió sus puertas.



Vista de Rustchuk.

ACTUALIDADES

Toda la semana se ha estado discutiendo en salones, cafés y casinos el episodio que durante la lidia del segundo toro ilustró la corrida del último domingo.

En grave apuro se vió la autoridad representada por el simpático concejal D. Enrique de Salamanca.

Mandó poner al toro, que no era aficionado á bromas, las banderillas de fuego que en casos como aquel están prescritas por la costumbre. Pero ni Frascuelo ni sus satélites se dieron por entendidos.

El público voceaba desesperado, la autoridad daba órdenes que no se cumplieran, y los lidiadores campaban por su respeto.

Si en aquella ocasión se procedía contra los desobedientes, la corrida tenía que suspenderse y el tumulto que se habría armado habría sido mayúsculo.

Si se dejaba sin correctivo el desacato, la autoridad salía mal librada.

El Sr. Salamanca mandó el toro al corral, y al acabarse la función mandó á la cárcel á los toreros independientes.

Es verdad que al día siguiente estaban libres; pero se formó causa, y la severidad y la prudencia del presidente evitó un conflicto.

Esto es lo que se ha discutido con calor, con más calor que la cuestión de subsistencias. Bien es verdad que las fiestas taurinas son un artículo de primera necesidad.

Esto me conduce naturalmente á hablar de la carestía.

Ahora sí que puede asegurarse que hay gentes que viven de milagro.

La carne á 34 y 38 cuartos, el pan á 18, las patatas á 5; ¿cómo puede vivir el jornalero que gana 8 ó 9 reales y tiene una ó dos personas á su cuidado? Aun suprimiendo la carne, apenas tiene para pan y patatas.

Es un verdadero conflicto que se ha empezado á resolver por el Ayuntamiento, estableciendo puestos de pan á 14 cuartos y aumentando un real de jornal á los dependientes de la villa.

Pero esto no resuelve más que una mínima parte de la cuestión, y la prensa clama por que se bajen los derechos de consumos y se permita la introducción de cereales mientras dure la crisis, y se consienta la entrada de carne, aunque no proceda del matadero, después de examinar y aprobar sus condiciones de salubridad.

Pero estas son medidas enérgicas, y se emplea tanto tiempo en discutir las, que no será extraño que mientras se discuten llamen los bárbaros á las puertas de Roma; es decir, el hambre á las casas de los vecinos de Madrid.

El pueblo, que se pinta solo para poner motes, llama al pan de 14 cuartos, *pan de los pobres*.

Por calles y plazuelas van los músicos ambulantes cantando coplas alusivas á la escasez, que el público saborea. A falta de pan.... buenas son canciones que hablen de él.

Unos dicen que el pan barato es malo; otros, que es bueno.

Lo cierto es, que cuesta tanto trabajo obtener una libreta como una credencial.

Los vecinos se disputan los panecillos.

—Oiga Vd., no le dé Vd. á ese, que es empleado del Gobierno, y esto es para los pobres,—decía una mujer al encargado de un puesto.

—Soy más pobre que Vd.,—contestó el aludido,—porque con seis mil reales, tengo que pagar el descuento y los gastos de representación.

Es decir, la levita, el sombrero de copa, la casa y el vestido para la señora.

Estos son los pobres que mayor compasión merecen.

En cambio la Bolsa sube, y los que apartando el capital de las empresas que dan trabajo y vida á los pueblos, se dedican á operaciones con el Tesoro, ven desde el palco la función.

Lo malo es que los corderos cuando tienen hambre se vuelven lobos, y que los lobos llegan á las ciudades cuando los estimula el apetito.

Cierto es, según han referido los periódicos, que dos pobres niños, músicos ambulantes, se salvaron, al verse acometidos en una montaña de Rusia por dos lobos, tocando el violín.

Pero antes les echaron todos los víveres que llevaban, y sabido es que la música es un gran digestivo, hasta para los lobos.

Aquí, en semejante caso, lo único que podrían tocar los sorprendidos por las fieras, es el violón y contrabajo.

Han comenzado á circular rumores relativos á faustos sucesos, que, según indican los que presumen de bien enterados, no sería extraño que se verificasen en un mismo día del próximo mes de Octubre.

La llegada del archiduque Rodolfo, príncipe heredero de Austria, ha coincidido con estos rumores, que con todas las reservas propias de estos asuntos dos veces de Estado, se refieren á enlaces de S. M. el Rey y de sus dos augustas hermanas las infantas doña Pilar y doña Paz.

La princesa que, según todas las noticias, parece llamada á compartir con S. M. el Rey el trono, es la archiduquesa María Cristina, que tiene sangre española en sus venas, puesto que por línea materna es biznietita del gran monarca Carlos III.

Ha cumplido veinte años, está dotada de bellísimas prendas físicas y morales, y por su bondadoso carácter, su distinción, su esmerada educación y su claro talento, goza de gran prestigio en la corte de Austria.

La presencia en Madrid del príncipe Rodolfo, donde es muy festejado, me recuerda una anécdota referente á la boda de su augusto padre el emperador de Austria.

Jóven aún y ya ocupando el trono de sus mayores, se dirigió á Munich con el objeto de conocer personalmente á su prometida, la hija mayor del duque de Baviera.

Recibido en el palacio de Maximiliano José con todos los honores debidos á su elevado rango, no tardó su corazón en inclinarse hacia la hija menor de su augusto huésped.

Dos días después tomaban el té en familia, y la princesa Isabel, hija menor de los duques de Baviera, adivinando tal vez el interés que inspiraba y con la turbación natural, dejó caer una preciosa taza.

Su madre la reprendió.

—Os suplico, señora,—dijo el emperador,—que trateis con más benevolencia á la futura emperatriz de Austria.

Así dió á conocer su elección. Poco después fué la jóven princesa emperatriz, y el 24 del pasado celebró Viena con espléndidas fiestas las bodas de plata, ó sea el vigésimo quinto aniversario de aquel casamiento.

La felicidad más grande del mundo ha sonreído á esta unión.

Los duques de Montpensier pasarán unos días en Aranjuez y después irán á Francia á su castillo de Randau.

Se ha dicho que la duquesa, profundamente afligida, desea retirarse á acabar su vida en el convento de las Huelgas de Búrgos.

No es extraño. Nada hay comparable al dolor que causa la muerte de un hijo; sobre todo, cuando en el período más bello de la vida cierra los ojos para dormir el sueño eterno.

Pocas novedades teatrales; los empresarios las guardan para las próximas fiestas. Sin embargo, el Príncipe Alfonso atrae numeroso público con la *Almoneda del diablo*; la compañía italiana de la Frigerio reanuda sus amistades del año pasado con los favorecedores de la Alhambra, y Apolo hace cuanto puede por dar amenidad á sus funciones.

Ducacal ha salido en busca de espectáculos sorprendentes, y Arderius prepara los que ha de servir el próximo verano en los jardines del Retiro.

Una anécdota, y basta por hoy.

La escena pasa entre un diputado y un elector. El elector ha venido á Madrid para varios asuntos, y visita al elegido.

—Supongo,—le dice éste,—que recibe Vd. el periódico de nuestra comunión. Dentro de poco verá usted mis discursos.

—¡Bah!—contesta el elector.—Yo no leo más que las gacetas; lo demás, me carga.

¡Sean Vds. hombres importantes!

J. NOMBELA.

SAN ISIDRO.

Por patron tiene á un varón
Madrid, que de humilde esfera
logró la veneración;
y tal es y tan sincera
del pueblo la devoción
hacia su santo bendito,
que ni español ni extranjero
oculta el gozo infinito
de día tan placentero,
pintándole por escrito
como lo hace....

Un forastero.

Escribir lo sucedido
ogaño por los Madriles
el día de San Isidro,
te ofrecí al salir de casa
Juanecho, mi especial amigo;
y allá va la relación
de todo cuanto hemos visto.
Llegué á Madrid en un tren,
que no era en el que vinimos,
porque reventó la máquina
en la mitad del camino,
sin más daño que la muerte
de veinte ó treinta individuos,
catorce ó quince contusos
y dos ó tres mal heridos.
Pero ¡que nada te asuste!
¡Consérvate muy tranquilo!
que ya conoce el juzgado
del hecho, y antes de un siglo
habrá dictado sentencia
en caso tan aflictivo.
Apenas desembarcamos
nos propusieron un timo,
del que, gracias á mis mañas,
escapó ileso el tío Mirlo.
Se trataba honradamente
de cambiarnos mil realitos
por un cartucho muy mono
relleno de perros chicos.
Tomamos al punto un coche
de alquiler, cómodo y limpio,
como todos los que ruedan
de su clase, garantidos
por el señor comisario
de este excelso municipio.
No tenía cortinillas,
ni manezuelas, ni vidrios,
pero en cambio el movimiento
desgarraba el intestino.
Dando tumbos y vaivenes
por estas calles subimos,
hasta dar en una fonda
con nuestros huesos molidos.
Pagamos á nuestro guía,
hombre que apataba á vino,
y, sin embargo, en la vuelta
nos dió un duro *nuevesceto*,
ó recien-falsificado,
que para el caso es lo mismo.
Apenas limpios de polvo
el desayuno pedimos,
y nos sirvieron café
con pan y *sebo*, mal digo,
con manteca, de un color
entre verde y amarillo.
Despachada aquella pócima,
que Dios en sus altos juicios
nos permita digerir
sin resultados malignos,
nos lanzamos á la calle
con rumbo hacia San Isidro,
dispuestos á echar al viento
canas, gazuato y bolsillos.
¡Qué animación! ¡Qué alegría!
¡Qué alboroto! ¡Qué bullicio!....
«¡Que me voy! ¡á la pradera!»
«¡Suba usted aquí, señorito!»
«¡A la banqueta, muchachos!»
«¡Buena moza, aquí hay un sitio!»
«¡Por aquí, doña Escolástica!»
«¡Arriba, don Bienvenido!»
«¡Ojo á la rueda, Joaquín!»
«¡Ten cuidado de esos chicos!»
Y caleseros y mozos,
forasteros y vecinos,
los grandes y los pequeños,

los pobres como los ricos,
se confundían alegres
buscándose un rinconcillo
en ómnibus y *simones*,
que hiciesen breve el camino,
desde la Puerta del Sol
á la pradera de Isidro.
A un coche, mucho más grande,
que el que tiene don Domingo,
para llevar á los baños
á los que sufren del hígado,
subimos Martín y yo,
la Serapia y el tío Mirlo,
y antes de haberme sentado
entre un cura y su sobrino
noté que ya me faltaba
el pañuelo del bolsillo.
Apenas puestos en *rute*
empezó el hablar á gritos,
y el quejarse las mujeres,
y el berrear de los niños,
y el estallar de los látigos,
y el blasfemar por lo fino,
y así entre tumbos y ternos,
lloriqueos y chillidos,
bajamos, como Dios sabe,
mucho más muertos que vivos,
por la Cuesta de la Vega
á las márgenes del Nilo;
es decir, del Manzanares,
del río rey de los ríos.
Durante la travesía
desde el puente á San Isidro,
caminamos (por milagro),
revueltos y confundidos
entre seis filas de coches,
de carros y de borricos,
de *ómnibus* y calesines,
tartanas y otros vehículos,
de cuyo orden en la marcha
cuidaban con celo íntimo,
guardias civiles y urbanos,
y polizontes y esbirros,
gracias á cuyos desvelos,
desde el más grande al más chico,
iba por donde le daba
la real gana, en el camino.
Llegamos al fin, que todo
es aquí abajo *finito*,
ménos el sello de guerra
y el *descuento* consabido.
Y acordamos en el acto
engañar al gusanillo

con unas cuantas chuletas
y dos tragos de lo tinto.
Era la fonda un tenducho
cerrado de esparto fino,
donde servían manjares
tan ingratos cual nocivos.
Tenía el vino *fuschina*,
el jamón era tocino,
y el más tonto adivinaba
trichina en el solomillo.

No era el pan del todo malo
comparándole al granito;
pero en cambio he de decirte
que fué barato el servicio,
pues por tres platos de carne
y por dos ó tres cuartillos
del *pelón*, nos llevaron
ciento treinta y seis realitos.
Acabado el *piscolabis*,
á discurrir nos salimos
por la pradera del Santo,
donde gozan los oídos
de todas las impresiones
que pueden darles martirio.
Las campanas de la ermita
retando á estrépito invicto,
á flautas y clarinetes,
á panderetas y á pitos,
á bombos, figles, timbales,
chirimías y organillos,
en desahorde alboroto
y sin igual griterío,
con la voz desaforada
de vendedores infieles,
pregonando en *dó* de pecho
castañas, dátiles, higos,
torraos, naranjas, nueces,
rosquillas como ladrillos,
leche de las Navas, miel,

aceitanas y chorizos.
Huyendo de aquel infierno,
visitar nos propusimos
las mil y una maravillas,
fenómenos y vestiglos,
expuestos al aire libre
en tiendas y cobertizos.

Allí vimos un gañán
que entrado en los veinticinco
no tenía un solo diente,
ahora que los hay postizos.
Enseñábase á su lado,
luciendo sus atractivos,
una señora *mayor*,
que desde el pié al colodrillo
medía cincuenta palmos,
como la torre de Pinto.
Una de sus pantorrillas,
que tenté muy despacito,
es tan gorda, sin mentir,
como *Toreno*, el ministro.
Allí vi sombras, espectros,
domadores, cuadros vivos,
hombres que comen lagartos,
mujeres que tragan vidrio,
en fin, vi allí tales cosas
que no hay medio de decírtelo.

Allí vi en un cosmorama
un grupo de alicantinos,
arrancándose los pelos
de ira, por no haber podido
sacar triunfante á Santa Ana,
senador por su distrito.

En fin, cansados de bulla,
sin fuerza ya, divididos,
volvimos á la tortura
del *ómnibus*, y volvimos
á Madrid, entre una cuerda,
¡qué es decir cuerda! un racimo
de presos y escalabrados,
contusos y mal heridos,
producto de la función
que, con sin par regocijo,
consagra el pueblo devoto
á su patron San Isidro.

EDUARDO SACO.

BUSCANDO CASA.

Busca y... no encontrarás.
Llama y... te darán con la puer-
ta en los hocicos.

(Paráfrasis cierta.)

I.

Vivia yo todo lo feliz que se puede vivir en este
valle de espinosa y amarga peregrinación, cuando...
por razones de utilidad pública, para mí señalada y
particularmente perjudiciales, tuvo á bien el dueño
de la casa que habitaba anunciarme la inminente é
ineludible necesidad de desalojarla dentro de tan
exiguo como perentorio plazo.

Admiré una vez más la felicidad de esos tantos y
tan dichosos animales como disfrutaban los benefi-
cios de la morada *propia*, ya construida por sí y
para sí, ya heredada de sus mayores y más ricos, y
abandonando todo género de meditaciones y todo
linaje de considerandos filosóficos, me lancé sin otra
dilación en busca de un recinto mejor ó peor cer-
rado, más ancho ó estrecho, tan higiénico ó noci-
vo como la fortuna me le deparase, donde alber-
garme hasta que Dios ó el Ayuntamiento fuesen
servidos en decretar mi nueva traslación.

Por lo que á Vds. en idéntico caso pudiera inte-
resar, debo advertirles que renuncié desde luego al
auxilio que con tal motivo pudieran prestarme las
tituladas *Agencias de cuartos desalquilados*, porque
éstas, si bien es cierto que *los llevan* por dar una
lista perfectamente inútil de domicilios imposibles
ó ya alquilados, en cambio no procuran jamás, ó
en muy raro caso, cosa que sea de estimar y ad-
mitir.

Así, pues, con la confianza puesta en el *Altísimo*,
por analogía del cuarto que yo buscaba, y, en mi
estrecha suerte, puseme en la calle decidido á re-
correr todas y cada una de las de la villa coronada
en busca de habitación modesta, sana y de precio
juiciosamente satisfactorio.

¡Ahí era nada!

II.

¡Soy feliz!

Apenas si he andado cosa de tres kilómetros, y

me encuentro frente á frente de una casa de agra-
dable aspecto, en cuyos balcones del tercer piso
aparecen las señales de papel que de antiguo acu-
san el estado *alquilable* de una habitación.

Vamos allá.

—¡Portera! ¡portera!

—No está,—me contesta una muchacha que en
tal momento llega al portal.

—Dispense Vd., no recordaba que en España los
porteros se dedican á todo ménos á cumplir con los
deberes de su cometido.

—¿Quería Vd. algo?

—Quería saber el precio y condiciones de la ha-
bitación que se alquila.

—Pues por casualidad podré yo decírselo á Vd.
La habitación tiene *cinco piezas* bastante reducidas,
y digo bastante, porque la familia que la ocupaba
se componía de *catorce* personas que apenas podían
rebullirse.

—En ese número se comprende...—dije yo para
mi capote:—¿y qué cuesta en renta?

—Creo que son diez mil reales, y un duro de
portería.

—¿Y tiene agua?

—Sí, señor; la que trae el aguador cuando se la
paga el inquilino; pero en cambio tiene música.

—¿Cómo música!

—La que dá *gratis et amore*, á todos los vecinos,
el chocolatero del cuarto bajo, con el batido y la
tracamundana de sus cajas.

—¡Huyamos, Manrique!...—y sin despedirme si-
quiera de la noticiera muchacha, salí de la casa y
de la calle, como quien necesita á todo trance mu-
darse de la que ocupa.

¡Esto es otra cosa! ¡Cuarto cuarto! Ciento vein-
tinueve escalones; alumbrado de gas hasta el segun-
do piso; petróleo de olor en el resto; portería y bu-
fete de memorialista. Adquiramos noticias exactas.

—Muy buenos días, portero.

—¿Qué hay!

—¿Tiene Vd. la bondad de decirme el precio y
condiciones del cuarto desalquilado?

—Se me hace que no es para osté.

—¿Vd. qué sabe?

—Lo digo porque no *tiene* usted traza de pagar ocho
mil reales, un trimestre de fianza y otro adelanta-
do....

—Pero hombre, ¡todo eso por un cuarto cuarto!...
¡será un palacio!...

—No señor; si el que está desalquilado es el se-
gundo; sino que el amo no quiere que se pongan en
él los papeles!

—Pues no me explico ese cambio....

—Pues él sí, y basta.

—Vaya, pues déle Vd. expresiones, y vamos an-
dando....

—¡Adios, Pepe!

—Querido mío, ¿á dónde bueno?

—Pues, hombre, rodando por la calle en busca de
habitación.

—Aquí mismo, en la esquina, acabo de ver pape-
les; es posible que te convenga; conozco la casa, y
no dudo en recomendártela; es bastante capaz, está
en buen estado, la vecindad es excelente, y el pre-
cio no debe ser exagerado. En el principal vive el
casero. Adios, y buena suerte.

—Adios, amigo mío, y mil gracias.

—¿El Sr. D. Judas Malasangre?

—Servidor de Vd.

—Muy señor mío: dispense Vd. si le molesto, en
mi deseo de saber en qué condiciones me alquilaría
el cuarto vacante....

—Tome Vd. asiento.

—Gracias.

—Pues para abreviar, juzgo lo más conveniente
que vea Vd. el contrato, y se entere por sí mismo.

—Como Vd. guste.

—¡Allá vá!

—Gracias, nuevamente.

Y el contrato decía (después de las generales y
de cajón):

«1.º El inquilino se obliga á no tener familia, ni
perros, ni enfermedades contagiosas, ni papel del
Estado.»

Con la primera cláusula bastaba para que yo no
tomase el cuarto, á ménos que enviase mi mujer y

mis hijos á los dominios de Moreno Benitez; pero por curiosidad lei todas las demás.

Decía la segunda:

«El inquilino se obliga á no tocar instrumento alguno de los que hacen ruido, ni dedicarse á profesion alguna que le produzca, tales como el canto, la declamacion, el baile y la calderería.»

3.^a «El inquilino se obliga á no alquilar, subarrendar, traspasar, hipotecar ni vender la habitacion al marqués de Torneros, ni á cualquier otro Alcalde, presidente del Ayuntamiento, Corregidor, Síndico ó Alguacil, que ni ahora ni en lo sucesivo llevase la representacion y voz cantante del municipio de Madrid; todo esto, bajo pena de perder la fianza, el apetito y la existencia, renunciando, como aquí renuncia, á cuantas leyes, pragmáticas y disposiciones le favorezcan ó pudieran favorecerle de hoy en adelante.»

4.^a «El inquilino se obliga á satisfacer por *lustros adelantados* como cantidad bien estipulada por concepto de alquiler, la suma de DIEZ Y SEIS MIL REALES VELLON, en dinero metálico, plata ú oro, con exclusion de todo cobre, papel-moneda, billetes del Niño Jesús, ni contraseñas de teatro, dejando en fianza la cantidad total correspondiente á un siglo de alquileres, su retrato fotográfico, y un mechoncito de pelo: cuya cantidad se aplicará íntegra á la restauracion de los daños causados, ó por causar, en la habitacion que aquí declara recibir sin cristales, sin llaves, ni ladrillos, ni campanillas, etc. etc.» aceptando desde luego sér, como será, aporreado, apaleado y lanzado él y todos los suyos á la calle, aunque estuvieren en el cementerio y con nicho pagado á perpetuidad.»

No pude más: arrojé aquel ominoso padron encima de la mesa de don Judas, le hice un ligerísimo saludo de cabeza, y abandoné su casa, decidido á continuar al siguiente dia mi tarea de buscar cuarto.

Dará á Vds. en el número siguiente pormenores de lo que le sucediere en su próxima campaña, á su afectísimo S. S. Q. B. S. M.

EDUARDO SACO.

POMPEYA LA CIUDAD DESENTERRADA NOVELA HISTÓRICA

(Continuacion.)

Pronto divisé la entrada de la cueva, al fondo de

la cual brillaba el pálido resplandor de una luz azulada y pavorosa.

Yo jamás habia estado en aquel sitio.

Cuando estuvimos cerca de la cueva, Celenia, que á no dudarlo, debió notar en mí cierto recelo, me dijo:

—No temas.

Y entró con paso rápido en aquel horrible antro, al cual miraban todos con tan respetuoso temor, cual si fuera la entrada del infierno.

Yo la seguí.

¿Qué habia de hacer?

La cueva, cuya entrada era baja y estrecha, iba ensanchándose insensiblemente, y á los pocos pasos no era posible distinguir su altura, que se perdía en las tinieblas.

La luz que yo habia visto brillar á lo lejos, procedía de una inmensa hoguera, en la que ardía no sé qué misterioso combustible, del cual salian grandes llamas de azulados reflejos, que se enroscaban como serpientes.

Sobre estas llamas pendía una enorme caldera, por cuyas asas atravesaba un largo barrote de hierro, sujeto á dos postes de piedra fijos en el suelo.

Aquella caldera exhalaba un olor acre y nauseabundo.

Atizaba el extraño fuego un esclavo negro, africano, de agigantada estatura, cuyo rostro estaba marcado con profundos surcos, hechos quizá con un hierro candente.

Una enorme corneja, de ojos redondos y amarillos, estaba posada sobre el hombro derecho del esclavo, y me miraba fijamente.

Celenia se aproximó á éste.

—Y bien, Grabinio,—le dijo,—¿están ya bien cocidas las ramas de enebro?

—Sí,—contestó lacónicamente el esclavo, sin apartar la vista del fuego.

—Entonces puedes echar en la caldera los demás ingredientes,—añadió la hechicera.

Levantóse el africano, con mucha pausa, de una gran caja de madera, en la cual estaba sentado.

La corneja voló hacia la entrada de la cueva, yendo á posarse sobre el pedestal de una estatua, cuya forma y atributos no me habia permitido distinguir un momento ántes la oscuridad.

Alzó el esclavo la tapa de la caja y metió en ella la mano, cuyos dedos estaban adornados con infinidad de anillos de plata.

Yo me estremecí al verle sacar de la caja una enorme serpiente, la cual se retorcia silbando, y

pretendia al mismo tiempo enroscarse sobre su brazo desnudo.

Lanzó el negro un terrible grito, y despues de dar un paso á su espalda, arrojó en la caldera el reptil, que no tardó en elevarse terrible y amenazador, pretendiendo lanzarse sobre el africano.

Este se apresuró á coger una larga vara de acero con mango de madera, cuya punta estaba dentro del fuego, y fué á tocar con ella á la serpiente.

Pero ya era tarde.

El ponzoñoso animal, con la rapidez de una flecha, fué á morder, silbando con furor, su pecho, tambien desnudo.

El dolor habia irritado al reptil de tal modo que sus verdes anillos aparecian de un color casi encarnado.

¿Qué cuadro tan espantoso!

Arrancó el negro de un solo tiron la terrible serpiente de su pecho, por el cual corría ya la sangre, y la volvió á arrojar en la caldera, rechinando los dientes con ronca cólera.

Esta vez el animal no se levantó como ántes.

Sin duda habia muerto abrasado en un instante.

En seguida introdujo de nuevo la vara de hierro en las llamas, y cuando creyó que habia recuperado ya el suficiente ardor, la aplicó chispeante y enrojecida sobre la herida que tenia en el pecho.

Pronto se esparció por la cueva un fuerte olor á carne quemada.

El negro no lanzó la más pequeña queja ni dió muestras de sentir el dolor, que necesariamente debia producirle tan bárbaro cauterio.

(Se continuará.)

ANTONIO SAN MARTIN.

CHARADA.

Siempre el cuarto que uno habita
resulta *prima tercera*,
y alma de *segunda prima*
tiene aquel que nos le arrienda,
y corazon de *tres prima*
para el pobre que le ruega.
Del *todo* te libre Dios
si te falta la moneda.

La solucion en el número próximo.

MADRID.—1879.

Imprenta de Diego Pacheco, Villalar, 8.

Precio UN REAL cada linea.
(Se admiten anuncios.)

SECCION DE ANUNCIOS.

Dirigirse á la Administracion,
calle de Villalar, 6. (Recoletos.)

SANTANDER.—Calle de San Francisco, 26, Encuadernacion y venta de toda clase de libros. En esta librería se encuentran todas las obras de la Biblioteca de Manini hermanos, al precio de una peseta cada una.

ALCALA DE HENARES.—En la librería de D. Pedro Costa, se halla de venta EL SUPPLICIO DE MARIA ANTONIETA, por Alejandro Dumas. Precio 4 rs. Encuadernacion de libros. Suscripcion á obras y periódicos.

TORRELAVEGA.—En el taller de encuadernaciones de Victoriano del Campo, se encuentran todos los libros nuevos que se publican en Madrid. Acaba de recibirse EL SUPPLICIO DE

MARIA ANTONIETA.—Precio 4 reales

GUADALAJARA.—Vicente García, calle Mayor baja. En venta todas las obras publicadas de Manini hermanos. Precio 4 rs. cada una.

OBRA NUEVA.—ÉXITO EXTRAORDINARIO.

EL SUPPLICIO

DE

MARIA ANTONIETA

POR

ALEJANDRO DUMAS.

(CRÓNICA DEL 93).

Este precioso libro que acaba de publicarse en la lindísima BIBLIOTECA de los *Sres. Manini Hermanos*, ha obtenido un éxito tan extraordinario, que en el corto espacio de siete dias se han expendido más de 6000 ejemplares.

Consta de un elegante tomo encuadernado á la rústica, al precio de UNA PESETA en toda España, y se halla de venta en todas las librerías del reino.

Para adquirirlo directamente por el correo, dirigirse á los *Sres. Manini hermanos*, editores, calle de Villalar, 6, Madrid, remitiendo UNA PESETA en libranzas ó sellos de comunicaciones.